

Título: SABORES Y SINSABORES

Pseudónimo: ROSARIO ÁVILA

Dulce hubiese preferido que las cosas fuesen de otra forma y, aun así, luchó por no perder la sonrisa. Le encantaba cocinar y paladear los pequeños bocados de la vida, especialmente los apacibles, por exiguos y escuetos. Tal vez por eso, cada uno de sus recuerdos estaba acompañado de un ingrediente, de un aroma y de su inseparable delantal de cuadritos. Ese que su abuela le cosió con destreza y con medros. Pese a su fortaleza, los gimoteos y desconsuelos fueron bastante frecuentes en su proceder, por las penurias y sinsabores que le tocó afrontar, o por la cebolla que tanto usaba.

Sin embargo, pronto empezó a distinguir sin dificultad entre lo azucarado y lo agrio. Lo descubrió cuando su tía se acercó a ella para susurrarle que su madre se había convertido en un ángel muy blanco, que había emprendido un viaje larguísimo del que no podría volver. O algo parecido entendió, porque no le dejaron preguntar y no se habló más del tema entre esas paredes plagadas de carencias, sobre todo afectivas. En ese preciso instante, cesaron los consentidos arrumacos maternos, dejando helado su candor. Fue entonces cuando amasó, durante un rato eterno, unas galletas que sabían a cielo.

Más tarde, en varias ocasiones y con una frecuencia no pretendida, cató la aspereza de lo ácido en una infancia triste, solitaria y sin un halago acariciador. La probó en las calles de su pueblo, en las burlas constantes de otros niños, que la señalaban por su pelo corto, sus vestidos de luto y su increíble imaginación. A base de crueles desplantes y despectivos adjetivos, que se clavaban como las uñas largas, asimiló que la soledad existe y es despiadada. Y repitió sabor cuando su padre, muy enfadado por el pueril

empeño, no la dejó ir a la escuela porque no era asunto de pobres, y mucho menos de mujeres, meterse en temas de letras y números.

A pesar de su insistencia, no consiguió cumplir su modesto sueño de aprender a leer y a escribir. Tan solo, a fuerza de tesón e interés, logró deletrear algún escrito, causando el disgusto de su casi siempre ausente parentela, concurrente exclusivamente para reprimendas. Tampoco nadie fue capaz de contravenir las airadas órdenes de aquel resentido viudo, que vagaba ansioso por refugiarse en la falda de alguna muchacha. Fue entonces cuando exprimió, durante un rato eterno, docenas de limones y preparó limonada que, al probarla, escocía en los labios con un nítido dejo a sólida intención de no conformarse y a firme propósito de futuro desquite, quizá incumplido.

No obstante, peor resultó el gusto de la amargura. Cuando su figura de mujer comenzaba a adquirir unas curvas redondeadas, concertaron su matrimonio. El novio era un señor altanero y poco agraciado, que vio en ella una criada hacendosa y sumisa, la débil ignorante que cumpliría sin rechistar la poca fábula que encerraban sus sórdidos deseos varoniles. Su cercanía le pellizcaba la piel y se traducían en una repulsa que llegaba hasta el asco.

Tras un breve noviazgo, llegó una boda rúcana, antesala de una truculenta convivencia, estrenando la angustia del encierro entre unos brazos nauseabundos. Aprendió a no tragarse aquella baba que olía a vino rancio y a no cruzar su mirada. Se dio cuenta de que las lágrimas de impotencia son muy saladas y que alivian lo que otros destrozan. Fue entonces cuando puso en una cazuela los mejores ingredientes que pudo reunir, con un puñado de sal y un poquitín de licor. Y pensó que necesitaría miga para el contenido de aquella olla, porque los abuelos dicen que los duelos con pan son menos.

El tiempo siguió su curso, entre la repugnancia y la resignación del vencido. Y finalizó esa gélida noche en la que, aferrándose a una ínfima osadía que venció a su razón, cerró el portón con delicadeza para no despertarle de su borrachera. Con la decisión tomada y el lógico recelo, salió de su casa con lo puesto y unos pocos reales. Se fue deprisa de su pueblo, caminando sin volver la vista, hasta que pudo coger en la capital el tren.

Antes de que llegase a la estación de destino, él ya había cursado una denuncia, acusándole de haberse escapado con otro. Una grave imputación que era delito. Gracias a la ayuda de una antigua vecina, se colocó como sirvienta en una residencia de nivel. Aquella afable familia que la contrató respondía por ella cuando la policía aparecía para interrogarle por su sospechoso estado civil. Con ellos, aprendió, por fin, a unir vocales y consonantes en un papel. Y consiguió descifrar libros de recetas de su completa biblioteca, con el fin de deleitarles y corresponderles. Fue entonces, cuando preparó, durante un rato eterno, un fabuloso estofado lleno de matices, con el punto exacto de sapidez y el condimento mágico de la gratitud.

Con lo ahorrado y el inestimable apoyo de su benévolo jefe, respaldo ineludible en aquella tediosa burocracia de hombres, pudo abrir su pequeño restaurante en una estrecha calle, poco transitada pero iluminada por su recuperado entusiasmo. Aquel local de cuatro mesitas con blancos manteles se convirtió en la mínima victoria de una olvidada en una injusta sociedad. Por primera vez, sintió que podía volar sin impulso impuesto y que el bienestar puede estar en lo más insulso, incluso en una misma.

Y en eso estaba cuando aquel cartero, pulcramente uniformado y sonriente, cruzó la puerta. La carta que le entregó contenía la noticia que

cerraba un pasado acechante. Le comunicaban que había perdido a su cónyuge y que carecía de legado para ella, puesto que había sido generoso con la iglesia y los más desfavorecidos. Aunque no se alegró, esa ausencia le sirvió de alivio y no pudo evitar abrazar a ese cortés emisario, al que invitó a almorzar. Fue entonces cuando, en el último rato eterno, se atrevió a hornear buñuelos de viento, rellenos de libertad y ligeros de digestión.

Esa visita se convirtió en hábito y él no dejó ya de tener su sitio reservado. Ella nunca había conocido esa emoción, esas ganas infinitas de no separarse, de permanecer sin deberes ni castigos. Sin planearlo, incorporó a su cesta de la compra insólitos componentes, antes extraños: la ternura en dúo y el acaramelado roce. Su universo fue transformándose y empezó a girar sin desconfianza. Fue entonces, cuando ya sin interminables lapsos, hizo honor a su nombre, dedicándose también a la repostería para los más exigentes lamineros. Y se aplicó en emborrachar los bizcochos de cariño y en aderezar con menta sin límites, porque según dicen, el amor aumenta.

Una mañana fría se presentó un siniestro agente de paisano con la intención de intercambiar puntos de vista sobre su indecorosa situación. Su desgastado traje gris le produjo una aprensión ya sufrida y resucitó un pánico que había conseguido enterrar. Sin preámbulos, le transmitió que habían recibido, de boca de respetables vecinos de virtud intachable, información de su mal vivir. De su intrincada verborrea, ella extrajo, como una puñalada certera, el desconcertante dato de que su repartidor de epístolas era un hombre decentemente casado, sin la bendición de vástagos legítimos.

Del tirón y sin poder asimilar esa malintencionada revelación, se enteró de que su padre reclamaba su presencia para descansar en paz y que la

obligación de una hija con principios era estar junto a su lecho. Refiriéndose a una falsa benevolencia de la autoridad, le entregó un billete para viajar a su localidad con discreción. Si obedecía con premura, pasarían por alto su conducta intolerable. Y pesó en ella la arraigada idea de la culpa. Poco más tarde, la extraña somnolencia que arrastraba en los últimos meses le venció, respaldada por el traqueteo de ese vagón abarrotado. No se despidió de ese romance rebajado a la impureza por unas mentes retrógradas. Retornó con vergüenza irracional a un origen odiado y hermético, marcado por el nulo afecto. Se aventuró a perder la escasa dignidad que había atesorado esa tregua efímera y edulcorada. Parada en el andén y mareada por el trasiego de los viajeros, comprendió que había vuelto a equivocarse.

Cruzar aquel zaguán empedrado, subrayó el absoluto desacierto de su osadía mal calculada. Mientras subía contrariada cada peldaño de la escalera, sus pies parecían quedar pegados a la suciedad del pavimento y a la necesidad de correr con furia en otra dirección. Dejar atrás el descansillo y traspasar ese umbral tenebroso, la adentraron otra vez en una pesadilla que todavía la hacía temblar. El contundente silencio la envolvió con frialdad y le heló la sangre, tal y como la nieve hace con el campo en invierno. Su arisco padre la recibió con el desprecio del que juzga sin haber sufrido y con el vituperio del que no ha rendido cuentas a nadie, persiguiendo el escarmiento del que no alzaría la voz. El turbador cuidado del enfermo, que ni siquiera miró su cara, ni le dirigió una palabra de bienvenida o agradecimiento, se prolongó el ciclo que restaba de su cada vez más evidente preñez. Y la veleidosa casualidad fraguó que se cruzaran, sin reparar la una en el otro, muerte y alumbramiento en esa morada lúgubre.

Querido padre:

Mi madre falleció hace unas semanas dejándome un sobre lleno de cuartillas, en las me narraba su historia. Ella trabajó sin descanso por ofrecerme el mejor porvenir y no se cansó de repetirme que fuese valiente e independiente, que tomase mis decisiones sin depender de un hombre y, sobre todo, que me formase. Ahora me pesa no haberle hecho más caso, haberle agradecido más todas las horas extra que hizo por mí, no haber atendido más sus sinceros consejos y no haberle dicho más veces “te quiero”.

Sé que ella escapó de la casa del pueblo, tras fallecer el abuelo, pensando en otro comienzo. Y prefirió no regresar a su lado, padre. Desconocía que le mintieron, porque usted no tenía ya esposa cuando se conocieron. Se conformó y no se atrevió a indagar más. Lo he sabido ahora y me da rabia que se haya ido sin esa oportunidad que la injusticia le negó. Se instaló en la ciudad, empezando de nuevo sin nada, dedicada a luchar por mí. Ni un grito, ni una queja, ni un reproche, solamente melancolía, de esa que acaba por pellizcar la piel y volverte mustia. Murió triste y resignada, aferrada a sus recuerdos. Como ella decía: “la mejor medicina es la buena cocina”. He vendido nuestro bar de barrio, me pesaba su ausencia, hasta los sabores echaban de menos su magia. Estoy rehabilitando ese lugar que tanto daño le hizo en su infancia como un hotelito rural, he pintado de blanco cada rincón y he dejado entrar la luz, aquella que le faltó.

Padre, me llamo Gabriela, supongo que podrá imaginar la razón...

Su hija